

RECEPCIÓN-CONTESTACIÓN

RAMÓN SÁNCHEZ GONZÁLEZ

Académico Numerario

Hay dos consideraciones iniciales en el discurso de ingreso que acabamos de escuchar que me gustaría resaltar por lo que tienen de afectivo y por compartirlas. Comenzar recordando a los padres honra al hijo que así lo hace y tenerlos presente en el recuerdo cuando se obtiene algún galardón, como sin duda lo es ingresar en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, constituye un merecido tributo a su memoria y un reconocimiento a quienes, con toda seguridad, no escatimaron esfuerzos con el anhelo de conseguir lo mejor para sus hijos. Además, soy de la opinión que aunque las personas desaparezcan físicamente mientras pervivan en el recuerdo seguirán existiendo. No albergo duda alguna que si Zacarías y Adela hoy vivieran se sentirían muy orgullosos de su hijo Juan José y compartirían con él la satisfacción de formar parte de esta institución tan arraigada en Toledo. La segunda consideración a la que quiero referirme es al cariñoso recuerdo a su predecesor en la medalla VIII, don Julio Porres Martín-Cleto. Si para él representa un honor ocupar su vacante para mí lo fue ser el último académico a quien dirigió un Discurso de contestación cuando ingresé en el año 2003; hablar de él «con gran respeto y consideración» —según sus propias palabras— es algo que practico cuantas veces lo menciono ante cualquier interlocutor y en consonancia con la reflexión que acabo de hacer sobre la pervivencia después de la muerte, en el caso de Julio Porres no solo se produce a través del recuerdo sino también a través de su dilatada obra escrita y de su magisterio. Don Julio reunía las dos condiciones que Miguel de Unamuno señalaba para perpetuarse en el tiempo, los hijos y los libros y hemos de reconocer que en ambas facetas fue generoso y fecundo.

Con la recepción del nuevo numerario la Real Academia incorpora una persona intelectualmente valiosa y preparada. No es una afirmación que proceda del afecto personal; basta repasar su extenso currículum para constatarlo. Licenciado en Literatura Hispánica, Lingüística Hispánica y Filología Románica por la Universidad Complutense de Madrid, donde años después obtendría el grado de doctor en Filología Románica. Con una dilatada trayectoria docente en diferentes institutos nacionales y centros de enseñanza secundaria extranjeros –Lisboa y Varsovia– y en varias universidades, tanto españolas como de fuera de nuestras fronteras –Universidad Nacional de Educación a Distancia, Universidad de Castilla La Mancha, Universidad *Nova* de Lisboa, Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, Universidad de Varsovia–.

Su inquietud por la investigación le ha llevado a participar en numerosos congresos literarios y culturales, nacionales e internacionales, abordando figuras de nuestras letras que van desde *El Cid* o el *Lazarillo* hasta Teresa de León. Prolijo conferenciante en universidades, centros de enseñanzas, casas de la cultura, Ateneo de Madrid..., articulista de prensa en periódicos locales y nacionales... En suma, para comprender su capacidad creador sirva decir que ha publicado más de trescientos artículos de ensayo, de creación literaria y reseñas de novelas de escritores españoles o extranjeros en revistas especializadas.

Hombre viajero y cosmopolita que le ha permitido conocer con precisión en España lugares castellanos, extremeños, cántabros, andaluces, y en Europa, de forma particular, tierras portuguesas y polacas... que han dejado una huella en sus relatos literarios. En este sentido cabe recordar los libros *Estampas olvidadas en los campos de la Jara* y *Por los Montes, por la Jara*. Y es que conviene resaltar su importante faceta de escritor destacando sus novelas *La última página* y *La Golondrina* y otras obras de narración que esperamos pronto vean la imprenta. Por último no debemos olvidar su capacidad organizativa de eventos literarios como los homenajes a Jiménez de Gregorio en Toledo, a Miguel Hernández en Lisboa, o el Festival Escolar Europeo de Teatro en español en Cracovia.

Para tan señalada ocasión el recipiendario ha elegido como tema de su discurso de ingreso la figura de Alfonso X el Sabio, un argumento muy alejado en el tiempo y en el espacio de lo que sin duda alguna constituye su mayor aportación, hasta el momento, a la investigación, el

estudio de la vida y obra de Félix Urabayen, novelista navarro enraizado en Toledo donde ejerció como profesor de la Escuela Normal de Magisterio durante muchos años. No oculta su admiración por el personaje, sin escatimar adjetivos elogiosos a la figura del Rey Sabio y a su obra cultural: «gigantesca», «magna empresa», «ingente obra», «magnó y altruista», «egregio toledano», «ínclito paisano» en definitiva, no duda en proclamar su «enorme estima y agradecimiento» al personaje.

El objeto de su discurso ha sido destacar la encomiable tarea desempeñada a favor de la lengua castellana y el mérito que le correspondió al transformarla de un simple medio de comunicación oral en un instrumento de expresión literaria en prosa y de lengua oficial, desplazando al latín. Se trata de un aspecto especialmente atractivo y no suficientemente subrayado. A este respecto he consultado tres manuales de literatura española muy conocidos para constatar si abordan esta cuestión y qué relevancia le otorga siendo curioso el resultado. J. García López en su *Historia de la literatura española* (Editorial Vicens Vives) destaca algo que también ha señalado nuestro autor, el hecho de que supo aglutinar a su alrededor personas doctas olvidando su raza o creencias religiosas, de tal forma que judíos, árabes, castellanos e italianos pudieron colaborar y dar un carácter universal a su producción literaria. Repasa su obra: compilación jurídica de las *Partidas*, tratados científicos –*Libro del saber de astronomía*, *Lapidario*– obras históricas –*Crónica General* y la *General e Grand Estoria*– libros de juegos –*Libro del axedrez, dados e tablas*– sin olvidar su obra lírica –*Cantigas*– y si bien subraya el avance que supuso en cuanto a sintaxis, léxico, ortografía, pasa de puntillas a la hora de identificar la prosa como lengua de cultura en sustitución del latín. En la *Historia social de la literatura española (en lengua castellana)* dirigida por Julio Rodríguez Puértolas (Editorial Castalia) se dedica menos espacio a glosar la figura literaria del rey Alfonso, pero sí enfatiza su decisivo papel en la utilización del castellano como lengua oficial de la monarquía, no tanto como lengua literaria. Atribuye esta decisión a una doble causa: influencia de los sabios judíos reacios al uso del latín por su condición de lengua de la Iglesia y propósito nacionalista y patriótico al elevar la lengua vernácula a rango intelectual y posibilitar una mayor difusión y que estuviera al alcance de más personas, franqueando la frontera que marcaba el minoritario conocimiento del latín. Juan Luis Alborg en su voluminosa *Historia de la literatura española* (Editorial Gredos) lleva a cabo un

documentado y exhaustivo análisis del personaje y de su obra. Más contundente y rotundo en su valoración, inicia el apartado dedicado a la «Importancia y carácter de su obra» con estas palabras «Alfonso X representa una de las cimas culturales más elevada de la Edad Media europea». Tras resaltar la importancia de haber sabido congregar en su corte a intelectuales cristianos, musulmanes y hebreos, siguiendo la estela de la Escuela de Traductores del siglo XII «con un criterio de tolerancia y universalidad que constituye su mayor gloria» se muestra claro al enjuiciar su labor «en cuanto al idioma, Alfonso el Sabio es el creador de la prosa castellana» y añade que bajo su dirección e impulso «adquiere esta prosa la categoría de un idioma nacional». Queda patente con estas tres referencias bibliográficas una surtida valoración e identificación con la tesis fundamental desarrollada en el discurso de ingreso, siendo muy clara en el último ejemplo mencionado.

En lo que hay unánime coincidencia en cuantos autores se adentran en el estudio de la figura del monarca castellano es en vincular su obra -quizás sea más acertado decir su mecenazgo, pues más que escribir de su propia pluma, propició el desarrollo cultural- con la Escuela de Traductores de Toledo del siglo XII. La presencia de judíos, árabes y cristianos en la ciudad del Tajo durante estos siglos se suele invocar como un paradigma de convivencia y tolerancia, extrapolándolo a los tiempos actuales, cometiéndose, en mi modesta opinión, un craso error histórico y un desconocimiento de la realidad. Coexistencia sí, pacífica unas veces y tensa y agresiva otras, pero convivencia y tolerancia no son los adjetivos más ajustados a la realidad. Es cierto que el rey sí fue sinceramente tolerante –y muy interesado, no lo perdamos de vista– con los eruditos de otras religiones pero el pueblo, la Iglesia, nunca aceptaron a los que practicaban otra fe. Por tanto, seamos más prudentes a la hora de enjuiciar esa relación y huyamos de los tópicos, de la idealización y de la utilización política de la Historia.

Al hilo del brillante discurso que acabamos de escuchar parece oportuno insistir en que a pesar de la incorporación del castellano como «lengua ecuménica» en feliz expresión de Márquez Villanueva citada y lengua de expresión literaria, el latín mantuvo durante centurias la hegemonía de lengua culta como se puede comprobar consultando bibliotecas de la época moderna, sin olvidar su carácter de expresión litúrgica de la Iglesia vigente hasta el Concilio Vaticano II e incluso en la actualidad existe por parte de la jerarquía católica un intento de

recuperación parcial de su uso. Se menciona un aspecto que encuentro sumamente atractivo y que animo vivamente al nuevo académico a que profundice, con el rigor en él habitual, sobre esa cuestión. Me refiero a la variante idiomática toledana que confería el uso del mozárabe. Todos conocemos la pervivencia del rito mozárabe en la liturgia —en la actualidad se sigue empleando en la capilla mozárabe de la catedral primada— pero sería oportuno ampliar los conocimientos sobre asuntos tan sugerentes como su incidencia en la formación de la lengua castellana.

Hay una declaración explícita de reivindicar la figura de Alfonso X el Sabio, y su labor filológica a favor del castellano, No deja de ser una curiosa paradoja que el rey Alfonso, apodado el Sabio, dedique sus esfuerzos a abandonar la lengua sabia y culta por antonomasia, el latín, y a sustituirla por una lengua llamada vulgar, el castellano, tanto para su uso en documentos de la cancillería como para la literatura. Respecto al reconocimiento público del monarca castellano justo es admitir que la ciudad ha demostrado ser sensible con la erección de una estatua colocada actualmente en el parque de las Tres Culturas y que con anterioridad estuvo ubicada en el Paseo del Miradero, aunque sobre el estado en que se encontraba y las agresiones que sufrió, mejor conviene, haciendo uso de una expresión manida, «correr un tupido velo». Quién siempre se ha manifestado fervorosa admiradora del Rey Sabio ha sido nuestra Real Academia. A este respecto conviene recordar el homenaje que le tributó en el VII Centenario del nacimiento de Alfonso X celebrado el 23 de noviembre de 1921, día declarado por el Gobierno festivo en la ciudad. Tuvo tres escenarios distintos: el Salón Capitular de las Casas Consistoriales, la Catedral y el Paseo del Miradero. En el Ayuntamiento se fueron alternando dos interpretaciones musicales de sendas Cantigas —la CCLXX y la X— por la Capilla de la Catedral con los discursos de Juan Moraleda y Esteban titulado «El toledano Alfonso X» y de Teodoro San Román «Examen crítico del reinado de Alfonso el Sabio»; en el templo primado se ofició una fiesta solemne quedando vacíos los bancos dispuestos para el cabildo municipal, salvo la presencia del Teniente de Alcalde; y en el Paseo del Miradero se procedió a descubrir una «lápida» colocada en la fachada del Convento de Santa Fe. Cabe reseñar que en la sesión ordinaria celebrada el 27 de noviembre «se acordó constara en acta la más enérgica, sí que respetuosa, protesta por no haber asistido en Corporación el Ayuntamiento de Toledo a los actos celebrados en honor al hijo preclaro Alfonso el Sabio». Una

circunstancia que parece dar la razón al nuevo académico cuando habla de la cicatería de las autoridades locales para con sus hijos ilustres.

Tal vez llevado por su pasión, su cariño por la Ciudad Imperial el nuevo académico no duda en utilizar adjetivos grandilocuentes, superlativos, al referirse a ella y a su pasado. Menciona «el enorme prestigio cultural y político de Toledo en los altos siglos medievales» o que «Toledo era un fondo cultural inmenso», o «Toledo se vuelve uno de los focos intelectuales de Occidente». Sin poner en tela de juicio la veracidad de tales afirmaciones no me resisto a hacer un comentario e invitar a la reflexión sobre una perspectiva que suele ser muy habitual a la hora de enjuiciar el papel de Toledo en la historia. Con demasiada frecuencia se mira siempre hacia atrás hacia un pasado esplendoroso que parece se detuvo con la pérdida de la capitalidad en 1561. Sin negar la relevancia y el papel sobresaliente que Toledo desempeñó a lo largo de los siglos, tengo la impresión de que parecemos rehenes de nuestro pasado, nostálgicos de lo que fue y ya no es y quizás sea el momento de mirar más hacia el futuro, de no tanto recrearnos en lo que fuimos y ya no somos, sino pensar en lo que podemos hacer para recuperar el protagonismo que corresponde a una ciudad tan prestigiosa. Y en este esfuerzo colectivo, autoridades de todo tipo, intelectuales y simples ciudadanos debemos colaborar.

Se impone concluir y quiero hacerlo expresando mi enhorabuena a don Juan José Fernández Delgado por su ingreso en esta Real Corporación, felicitación que hago extensiva a su esposa Irena, estudiosa y amante de la cultura española, y a sus hijos Víctor y Maya. Igualmente le emplazo para que ponga sus amplios conocimientos y su esfuerzo al servicio de esta institución -la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas- y de esta ciudad -Toledo- que bien se lo merecen.